

## **El ser del límite surcado por sus tres momentos (vida primera, vida segunda y muerte). En busca del diálogo fronterizo<sup>1</sup>**

Vanina Rodríguez Garcés •

Universidad Nacional de San Juan  
(Argentina) — Universidad Nacional de  
Educación a Distancia (Madrid)

### **Resumen**

El propósito de este artículo es el de investigar algunos conceptos de la *Filosofía del límite* de Eugenio Tρίας. ¿Qué significa habitar el *cercos fronterizo*? ¿Cuáles son los posibles diálogos que se pueden desprender de habitar ese particular *gozne* entre el *cercos del aparecer* (nuestro mundo concreto) y el *cercos hermético* (escondido y no verdaderamente descifrable)? ¿Qué sentidos adquiere el ser, pensado como *ser del límite* en relación con su existencia? (vida primera, vida segunda y muerte). A partir de estas preguntas es que se comienza la búsqueda y el tránsito desde un espacio *allende el límite*; una nueva perspectiva para entender la condición humana como fundadora y habitadora del *cercos fronterizo*.

38 39

### **Palabras clave:**

· límite · frontera · diálogo · hermetismo · existencia

### **Abstract**

The aim of this article is to research some concepts of the *Philosophy of limit* by Eugenio Tries. What does it mean to inhabit the *bordering hoop*? What are the possible dialogues that can be inferred from inhabiting this particular hinge between the *hoop of existence* (our concrete world) and the *hoop of hermetism* (hidden and not really decipherable)? What is there to glean from this hinge of existence thought as a *being of the limit*? (first life, second life and death). It is from these questions that we can begin the search and the transit from a space beyond the limit; a new perspective to understand the human condition as founder and inhabitant of the *bordering hoop*.

### **Key words:**

· limit · border · dialogue · hermeticism · existence

• *Artista e investigadora. Licenciada en Artes Visuales por la UNSJ (San Juan—Argentina). Magister en Arte y espacio público por la Akademie der bildenden Künste (Núremberg—Alemania). Doctoranda en Filosofía por la UNED (Madrid—España). Obtuvo la beca «Excelencia Académica» otorgada por el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) y la Fundación de la Universidad Nacional de San Juan. Ha presentado conferencias en la Akademie der bildenden Künste en Nürnberg. Ha participado del Forschungsgruppe\_f (grupo de investigación artística conformado por las escuelas de arte de Zürich, Stuttgart y Nürnberg).*

## 0.

*En ese cerco fronterizo se revelaría la condición de cópula y de disyunción del ser del límite.*

*(...) se descubrirían como términos medios de aquellos extremos que conjugan y distienden: el cerco del aparecer y el cerco hermético*

TRÍAS, 1999:137

El *habitante fronterizo* (un ser que concibe la existencia de posibles modos de articulación de los cercos opuestos, un tal *cerco del aparecer* o mundo y un tal *cerco hermético* replegado en sí), es un habitante capaz de trazar y concebir su mundo a partir de su realidad concreta, de su punto en el tiempo (punto en el que confluyen las *tres eternidades*<sup>2</sup>) y de ciertas señales que se logran filtrar desde aquel *cerco hermético*. Este habitante puede reconocer las herramientas apropiadas productoras de *símbolos* que son los capaces de indagar en el *cerco hermético*. Símbolos que retienen algo de lo obtuso de ese lugar retirado y esquivo y que gracias a esa retención poseen la fructífera capacidad de reproducirse, de crear y re-crear nuevos símbolos con nuevas potencialidades.

Este habitante especial, puede, desde el *vértigo* de su *ser límite*, anhelar y buscar un camino posible y conciliador entre *ars* y *tejné*; entre pasión y razón. Un camino que no siempre se muestra desplegado y claro, pero que propone algo que ningún otro transitar será capaz de proponer. Un tránsito *liminal* que encuentra en ese *limen* la razón creadora y conjuntiva, a la vez que cuenta con la capacidad de atender y presentir los límites oscuros, opacos, replegados y disyuntivos que se extienden más allá de los sitios cercados. Ese *ser del límite*, habitante fronterizo, es capaz de advertir y articular esas dos potencias. Es también el que accederá a la posibilidad de *llegar a ser ese que virtualmente es*, que acaso tenga que ver con —como dijera Derrida—, *aprender a vivir por fin*.<sup>3</sup>

## 1. El ser del límite y la vida primera

*A veces se entreabre la puerta de la Rosaleda, o del Jardín de Rosas (o de Jacintos), esa puerta que nos pone en comunicación con nuestro «primer mundo». Y una ráfaga espectral, al modo del espectro de la rosa (o un preanuncio de aquella imponente Rosa mística del final del «Paraíso» del Dante), llega a nosotros como percepción fugaz.*<sup>4</sup>

TRÍAS, 2001:308

Entreabierta está esta puerta, cuando se cuele la esencia de ese ser que se ha dado en llamar hombre. Ése que luego a

partir del *asombro* por la evidencia de su vida, el *vértigo* por el inconcebible sentido de su existencia tal cual se da, y el *amor-pasión* por un retorno a lo hermético, a eso desconocido y a la vez en paradójico sentido, conformante; a partir de estos tres eventos pasionales fundamentales, se confirma en su extraña unicidad.

Es el ser humano, que desde su libertad particular es capaz de disponer las cosas y hacerse genuino habitante del espacio intersticial, del *cerco fronterizo*. Ese cerco tan único como él mismo, con sus singulares posibilidades de articulación.

Aquella puerta, la misma por la que ha llegado el ser humano a la existencia, es la que luego, en un cierre hermético se revela como límite limitante.

Desde el *cerco fronterizo* la admiramos por afuera a lo largo de toda la existencia que nos es dada. Investigamos sus bisagras, sus goznes, que a veces se muestran conjuntivos y articuladores de sentidos escondidos; su cerradura por cuyo orificio de la llave se filtran ciertos resplandores lejanos de un remoto lugar, que a pesar de su lejanía y de su inaccesibilidad, de su otredad disyuntiva, nos pertenece y constituye; y su aldaba, ésa que una y otra vez nos atrevemos a *reinventar*, a *re-crear* desde nuestras manifestaciones simbólicas, en un intento de acceso, de apertura y de curiosa comprensión del misterio replegado.

40 41

Esta puerta-límite «nos pone en comunicación con nuestro “primer mundo”» (Trías, 2001:308). Nos acerca a aquel *pasado inmemorial*, fundador de toda existencia posible. Pero un pasado en sí, un momento que se configura siempre desde el pasado. Un pasado que nunca fue presente, un pasado que se constituye como anterioridad a una infinita eternidad remota y siempre pretérita. La primera de las tres eternidades.

Ese pasado se funda a partir del despertar a este presente de la existencia. Es un pasado que comienza a existir como pasado de ese ser que empezó a existir. Es el pasado formador, conformante y matricial, ese particular éxtasis en la (no)vida humana que siempre ha sido pretérito. «Ese pasado limítrofe y fronterizo es aquel que siempre, bajo cualquier condición de experiencia, es pasado y sólo pasado» (Trías, 1999:207).

Se trata de un momento anterior, al que denominamos pasado por falta de un concepto mejor. Pero en verdad no sería un pasado que *ha pasado*, o sea que en algún momento ha sido presente y ha quedado atrás. Trías hace mención a la inexactitud de las posibilidades lingüísticas con relación a este *éxtasis anterior*, conformante de ese ser que se está investigando en su nueva investidura, como *ser del límite*. También acota que la única lengua que se acerca en algo a esta noción particular de anterioridad, es el alemán que en una de sus formas pretéritas incluye el *gewesen sein*, algo así como *ser sido*. *Wesen* de donde proviene *gewesen*, significa esencia, ser, ente, carácter. Esencia que pasa a *esenciar*, desde su forma verbal, a un ser anterior. Un *ser sido* que guarda raigambre con su matriz a la que sin embargo desconoce por el trance y el paso a un nuevo estado. El estado presente que se corresponde con el *sein* (ser en existencia), al hombre y su realidad.<sup>5</sup> «En el hombre pesa tanto la realidad como el deseo (para decirlo en términos de Cernuda). El hombre es una “flecha del anhelo hacia la otra orilla”, como lo definió Zaratustra en la gran obra de Nietzsche» (Trías, 2001:271).

A partir de ese nuevo estado, de ese nuevo ser, se conjuga el anhelo como ese profundo deseo que se convierte en vital, en motor e impulso, a pesar —o quizá

gracias— a su dificultad. En la dificultad limitante anida el anhelo. Y tal vez, mientras más difícil, mientras más oculto y replegado, más deseado, anhelado, cardinal e imprescindible. Se vuelve tan primordial como la necesidad de respirar, que de la raíz de anhelo se deduce justamente como «respirar con dificultad» (Corominas:52). Dificultad que se trastoca en necesidad de vivir, de anhelar, de continuar siendo, en esencia, ese que anteriormente se ha *sido siendo*. Esa *flecha del anhelo* que va marcando el rumbo, impulsándose y que a su paso va dejando una fructífera porción de símbolos indagadores de ciertos misterios y provocadores de la (im-)posible *irrupción del cerco hermético*.

Los resabios de la *vida primera*, o de ese pasado remoto y anterior que se entienden mejor desde la pasión que desde la razón, subsisten e irrumpen siempre otra vez como momentos de quiebre, provocando giros relevantes en nuestra *vida segunda*, esa que se descubre según Trías como una *existencia en exilio y éxodo*.

Son resabios que muchas veces se alcanzan a concebir, a presentir desde esos ámbitos sin dilucidar del todo, que suponen el universo de las pasiones, en un momento previo al del discernimiento del *lógos*.

Pero esa propuesta es silenciosa: se adelanta siempre a todo estallido del verbo. Algo previo a ese estallido anterior (...) me asalta a la comprensión haciéndola posible, a modo de necesaria condición: algo que no puedo articular como palabra o proposición lingüística, ya que es aquello que la hace posible.

(...) entonces eso que es previo al *lógos*, y que arranca directamente del lado oscuro y escondido de mi subjetividad (o sujeto inconsciente y pasional), podría caracterizarse, míticamente, como el caos anterior a la emergencia del cosmos, o como las aguas tenebrosas primordiales por las que flota el espíritu antes de estallar en palabra creadora. (Trías, 1999:387)

Es ese *ser del límite* el que se despereza en aquel garabato primero, aquel trazo descontrolado y silencioso de la infancia. Ese *ser* que desde lo innombrado por la incapacidad del habla, atisba su pasado remoto, intuye su existencia anterior, envuelta y surcada por el tiempo y el claustro matricial.

## 2. El ser del límite y la vida segunda

*El tiempo es la estricta medida y número mediante el cual se va girando la presunta fortuna del nacimiento y el infortunio final de la muerte; el tiempo es la medida y el número de ese movimiento.*

*El tiempo, concebido como tiempo de vida, o como lo que discurre entre el Antes y el Después (según la definición aristotélica), es el espacio dado al mortal para realizar la curva de su existencia...*

TRÍAS, 2001:132

Ese espacio/tiempo que nos es dado *para realizar la curva de la existencia*, es finito e incierto. Nadie sabe cuál será su último día ni su último suspiro. Ese secreto, como también el misterio del porqué del origen, no se nos ha revelado.

En la curva que corresponde a la existencia frágil y delgada de cada ser, discurre el tiempo. El tiempo aparece acá desde una nueva perspectiva, siendo un tiempo que se recrea generando su *pasado remoto*, a partir del momento de llegada del ser al mundo (pasado que, como se dijo antes, nunca ha sido presente); un tiempo que dispone de un presente, en cierta forma perpetuo (ya que es el tiempo éste, el que concretamente percibimos, siempre una y otra vez); y un tiempo que intuye y presiente un futuro que se adivina como siempre por venir (un futuro que nunca podrá ser presente). Estos son los *tres éxtasis temporales* que se desprenden de la idea de *tiempo fronterizo*, correspondiente a la *Filosofía del límite*.

Ahora bien, en este momento nos interesa la curva de la existencia (es decir el tiempo *presente perpetuo* que se correspondería en cierto modo con la *vida segunda*). Una curva que comienza de manera ascendente, se dirige hacia un clímax o punto cumbre y luego desciende en dirección al límite que pondrá fin a cada una de las existencias individuales. Una curva que transcurre siempre *aquí y ahora*, y en la que confluyen o *se refractan* a veces y en misteriosa coincidencia, los otros dos *éxtasis*, el correspondiente al pasado remoto y el otro determinado por aquel futuro que siempre está adelante, por venir.

42 43

Dentro de ese tiempo que nos es dado, circulan las existencias particulares. Este tiempo que *insiste siempre en ser presente*. Que se repite y recrea una y otra vez, minuto a minuto, día a día. Este presente que posibilita el discurrir de la vida. «Eso (= X) constituye el misterio que todo presente encierra: su milagro, digno siempre de asombro y admiración. El milagro de ese fulgor insistente y resistente a través del cual, en cada instante, se renueva y recrea la existencia» (Trías, 1999:213).

De ese *fulgor insistente*, sujeto en este *presente perpetuo*, es que pendemos. Pendemos con nuestra realidad y con nuestros deseos. De ese *fulgor* provienen también nuestras búsquedas y descubrimientos. Nuestras acciones desde el cerco fronterizo. Acciones que a veces parecieran ser vanas, pero que realmente —y desde ese ser que se descubre como fronterizo— resultan inevitables y necesarias.

Como descubre Jorge Fandermole en uno de sus bellísimos y acertados versos:

no hallo no puedo ver  
 más que la noche alerta  
 y el misterio detrás  
 de las puertas  
 (...)  
 desvelado en seguir lo perdido  
 (...)  
 fatigado y sediento  
 de correr tras la nada  
 como la luz y el viento  
 (...)  
 tal vez halle cantando  
 el sosiego.<sup>6</sup>

Tal vez se hallen —a través de estos símbolos inventados, recreados, producidos desde lo más intrínseco de ese *ser fronterizo*, desde su contradictoria esencia racional y pasional— *los sosiegos* necesarios para continuar el camino, la curva de la existencia que se presenta, que avanza hacia nosotros y nos descubre en nuestra unicidad.

Emerge este *presente fronterizo*, recreándose siempre otra vez, refractando mundos que aparentemente se encuentran distantes, que supuestamente nunca habrían podido coincidir. Momentos lejanos y trascendentales que confluyen en este lúcido *fulgor presente e insistente*, nos toman de la mano y nos devuelven equilibrio y *razón de ser*.

Aquel *misterio detrás de las puertas* —como también interpretaron los antiguos egipcios—, sigue vigente hoy, para nuestro ser esencial, en su particular modo de habitar el *cerco fronterizo*. Misterios y fulgores que nos hacen creer que vamos corriendo *tras la nada*. Pero resulta que la *nada* esa, es una *nada* profunda y fructífera, una *nada* que al modo del agujero negro cósmico, atrae materia y conforma nuevos mundos. Es un camino que aparenta un perderse, seguimiento hacia la *nada*, pero que se devela como fundador, conformador y dotador de sentido; ese sentido nuestro que nos devuelve aquel ansiado *sosiego* de no haber caminado o vivido en vano.

Y de repente parece poder conjurarse el conflicto divisorio entre razón y pasión. A partir de aquel *correr tras la nada*, aquel *desvele en seguir lo perdido*, que es también conciencia de lo que no puede alcanzarse, pero que sin embargo debe seguirse. Lo que no se puede comprender, pero —siguiendo a Kant— debe ser pensado. Eso que es también *conciencia de lo indecible*, como propone Bourdelois en *Del silencio como porvenir*:

El silencio que se evoca aquí no es ausencia de sonido, sino conciencia de lo indecible. El poema, al igual que el descubrimiento científico, es el contacto con esa frontera de lo nunca dicho hasta entonces, de lo insospechado. Al retroceder esa frontera, paradójicamente, el mundo de lo no dicho no se reduce, sino que va creciendo. Esto es así porque la sabiduría humana es una aventura de la perforación de las tinieblas que produce más y más luz y paralelamente, más y más tinieblas, más y más adivinación de la dimensión indetenible de las tinieblas. (22)

Sabiduría humana que hermana la aventura racional y pasional, el poema y el descubrimiento científico. Sabiduría humana que aparece como la *cuerdal/hombre* de Nietzsche.<sup>7</sup> *Cuerdal/hombre* que avanza y perfora en esa particular tiniebla del saber, de la conciencia y del reconocimiento de un misterio mayor que trasciende todo intento de comprensión *Racional* (racional con mayúscula como diría Trías). Un misterio mayor que es parte fundamental y conformante de la *cuerdal/hombre*, pero que se repliega en su mismo ser, en la esquina más recóndita del cerco hermético propio que todos poseemos.

Hay una pequeña frase dentro de este fragmento de *Así habló Zaratustra* que no se ha citado, y en el que encuentro un sentido interesante. Nietzsche dice: «was geliebt werden kann am Menschen, das ist, dass er ein Übergang und ein Untergang ist»<sup>8</sup> (1999:17) («lo que puede ser amado en el hombre es justamente su ser en tránsito y ocaso»). Es una pequeña frase que habla de algo especial en el hombre: el amor; eso que también lo distingue como especie.

Justamente su condición de transitoriedad y la conciencia de su propio ocaso, es lo que hace a este *ser del límite* tan especial. Un decidido transitar a pesar del ocaso por venir, un pertinaz y obstinado andar en dirección a un límite crepuscular del que poco se sabe (a pesar de conocer su certeza inexorable), es lo que probablemente promueve uno de los bastiones fundamentales de ese *ser del límite* en su *vida segunda*: el amor.

### 3. El ser del límite y la muerte

*Los muertos son, dije en uno de mis más comprometidos textos: son para siempre, por toda la eternidad; son lo que son, lo que somos, lo que llegaremos a ser, lo que nos atrae hacia su espectral y gloriosa comunidad (donde la nada se hace trizas en el ser, y el ser se descoyunta en su contrario); allí reencontramos ese ser infinitamente muerto que ya somos, que está enterrado en nuestro jardín...*

Trías, 2001:310

*Ese ser infinitamente muerto que ya somos, se encuentra habitando el espacio más allá de la cuerda existencial. Habitando el reducto hermético que se presenta como un posible futuro fronterizo y escatológico, como lo llama Trías.*

44 45

Se trata de un ser, que es parte conformante de este complejo *ser del límite*, que experimenta otro trance o cambio de estado. En este caso —como en el origen—, un cambio que se vislumbra como cardinal.

En relación con el *futuro escatológico* dice Trías: «Es el futuro que siempre, incondicionalmente, bajo cualquier circunstancia insiste en ser futuro. Es el futuro que sólo puede ser futuro, que no puede ser sino futuro y que nunca, bajo ninguna circunstancia, puede ser o llegar a ser presente» (Trías, 1999:210).

La existencia en el *presente esencial*, en el *fulgor actual* podría entenderse como una existencia *preliminar*. Una existencia que está antes del limes, antes de la puerta de entrada. Lo que precede a aquello que interesa. *Preliminar* es un derivado de *eliminar*, hacer salir o expulsar, éste a su vez derivado de *limen*, *umbral*, un instante entre dos estados, un momento de articulación de dos posibles cercos.<sup>9</sup>

Así, desde este estado preliminar, en tránsito, se comprende mejor esa atracción inevitable y pasional, por el cerco hermético. Tanto el anterior (*pasado remoto*), como el posterior (*futuro escatológico*) se encuentran dentro de nuestras aspiraciones pasionales y racionales más genuinas, siendo posible reconocer esa fuerza tal que se ejerce desde aquellos éxtasis velados.

*Ese ser infinitamente muerto que ya somos*, está también encarnado en nuestros queridos seres (infinitamente) muertos que ya han atravesado el *cerco del aparecer*. Esos seres que ya no son *preliminares*, seres que se volvieron ocaso y que nos hablan amorosamente desde nuestra caducidad cotidiana.

Caducidad conformante, parte del mundo de las sombras del ser, con el que hay que entrar en contacto, en diálogo. Parte del mundo con el que hay que *con-vivir*.

«Valor de caducidad: algo que carece de duración, que se contradice, tiene poco valor. Pero las cosas que creemos que son duraderas son, en cuanto tales, puras ficciones. Si todo fluye, entonces la caducidad es una cualidad (la “verdad”) y la duración y lo imperecedero no son sino una apariencia» (Nietzsche, 2008:394).

Nietzsche nos confronta abrupta pero certeramente (como supo ser su modo) con esta realidad. Somos seres caducos y no hay nada que pueda evitar el límite último. La consciencia de ese límite, la consciencia de la caducidad, de lo que se extingue y expira nos hace ser ese sujeto liminal, que lleva en esa línea efímera y frágil —y en la consciencia de ello—, la clave de su unicidad.

Enclavados en esta curva de la existencia, con la mirada dirigida hacia aquel futuro escatológico que está siempre por venir, que nunca será presente, y que, sin embargo, se volverá inexorable; es que se formaliza el universo particular que

determina a cada ser humano como fronterizo y especial. Nacen las *poiesis*, las creaciones humanas como una eficaz salvación posible (aunque conlleven también el signo de la precariedad efímera de su ser creador). Roce de lo trascendente, aunque lo trascendente se diluya en ese mismo acto de roce.<sup>10</sup>

¿Cómo oponerse a ello? Pero, al mismo tiempo, ¿cómo renunciar a ese sentimiento de incertidumbre, de filtración o de pérdida que nos entristece y nos hace penetrar en una dimensión temblorosa, como si nos arrojáramos, sin saber nadar, en un profundo cenote pero que al mismo tiempo nos confiere el don de la transitoriedad, en suma, de percibir y sentir lo que se pierde? (Jitrik)

*Percibir y sentir lo que se pierde* ¿un don, o —como dice Trías— un *regalo envenenado*? Regalo del que a pesar de su veneno no se quiere prescindir.

Se trata de saber que lo advenedizo, aquel futuro que nunca será presente, tiene el carácter de eso que se ha dado en llamar *la nada*. Nunca será presente, porque seremos nada. «Se trata pues de ahondar en la naturaleza de esa nada que nos asalta de pronto» (Trías, 1999:159).

Creo, a esta altura del razonamiento que la frase en cuestión es más una queja que otra cosa: la queja se produce porque las cosas reales nos son esquivas, porque las perdemos o porque no las hemos llegado a poseer. Queja amorosa, queja por el tiempo que se lo lleva todo, queja por la muerte que acecha o porque la poesía derrota a la muerte sólo en las palabras, no en el sujeto capaz de producirla. Quizás, inclusive, queja trivial porque todo eso que la motiva ya lo conocemos, está en nosotros desde que nacemos y en relación con todo. «¿Para quién te acicalas, vanidoso? Para la muerte», pone en un epígrafe Arturo Cerretani en una de sus memorables novelas, como si nos quisiera recordar que un poeta llamado Francisco de Quevedo pasó toda su vida tratando de entender que la muerte no espera. Obviamente, no lo entendió, pero nos dejó una preciosa herencia: «serán ceniza mas tendrá sentido, polvo serán mas polvo enamorado». (Jitrik)

Se torna al amor y al ser del amor, como ese ser del *Romance* al que le es dado conocer que dispone de su última hora, y lo único que el aún viviente quiere, es ver a su amada. Sabe que su vida pende de un *frágil hilo* y se aferra a él con toda su fuerza y su pasión, y en ese preciso momento, «la fina seda se rompe, la muerte que allí venía. —Vamos el enamorado, que la hora está cumplida—». <sup>11</sup> (Anónimo, s. XVI).

#### 4.

Se precisa un final abierto, abierto al diálogo con las sombras que nos solicitan, nos intiman, nos convocan. Abierto a ese misterio, a ese hermetismo que nos acecha y nos conforma. Sé, como sucede en el *Libro de arena*: nunca más podré volver a esta página una vez que *cierre el libro* (se da cierre al evento, a este momento, a esta escritura y a su particularidad única que nunca más confluirá del mismo modo), se esconde la posibilidad de ver otra vez las mismas *letras*, el mismo instante: la *curva de la existencia* que no cesa...

—Mírela bien. Ya no la verá nunca más.

Había una amenaza en la afirmación, pero no en la voz.

Me fijé en el lugar y cerré el volumen. Inmediatamente lo abrí. En vano busqué la figura del ancla, hoja tras hoja (...)



Me pidió que buscara la primera hoja.

Apoyé la mano izquierda sobre la portada y abrí con el dedo pulgar casi pegado al índice. Todo fue inútil: siempre se interponían varias hojas entre la portada y la mano. Era como si brotaran del libro.

—Ahora busque el final.

También fracasé; apenas logré balbucear con una voz que no era la mía:

—Esto no puede ser.

Siempre en voz baja el vendedor de Biblias me dijo:

—No puede ser, pero es... (Borges:69)

*No puede ser, pero «es».* Es eso que no puede ser conocido pero debe ser pensado. Es el *ser del límite* y sus sombras decidoras, fundadoras de nuevos encuentros.

Lo trascendente de las obras humanas, los libros, el arte, las creaciones de todo tipo, los descubrimientos; todos ellos viajeros del tiempo, únicos con capacidades de atravesar fronteras aparentemente infranqueables. Capaces de organizar constelaciones nunca antes ofrecidas, constelaciones que nunca después podrán ser vistas del mismo modo.

Puede encontrarse una analogía con el mundo estelar: cuando se alza la mirada a un cielo estrellado, ¿qué es lo que se ve? ¿estrellas? Objetos muy grandes y muy lejanos que viajan en el tiempo, cuya potente luz atraviesa años, siglos. Lo que se puede ver hoy, es lo que existió en el pasado, un pasado que para el ser humano es remoto. Y sin embargo está ahí, a la vista. Existe luz de estrellas que ya no existen. Luz que viajó desde las inmensidades de una estrella gigante que ya ha muerto, pero que sin embargo estamos viendo hoy (por ejemplo, los llamados quásares).

Cada vez que alzamos la vista al cielo estamos remontando un viaje a un momento remoto. Un viaje que ve la luz de una estrella que trasciende su propia muerte. Una trascendencia análoga a las creaciones y descubrimientos humanos, que provienen de ese sorprendente e inconmensurable *ser del límite*.

46 47

## Notas

<sup>1</sup> Este trabajo está basado en ideas propuestas por Eugenio Trías en su Filosofía del límite y es una síntesis revisada y modificada del escrito presentado para obtener el Diploma de Estudios Avanzados del Programa de doctorado Lectura e Historia de la UNED.

<sup>2</sup> Las *tres eternidades* (o *tiempo fronterizo*) según como lo entiende Trías son: *pasado inmemorial*, *presente perpetuo* y *futuro escatológico*. Estos conceptos se profundizarán un poco más a lo largo del artículo.

<sup>3</sup> Ver Peretti, pp. 29–30.

<sup>4</sup> Trabajo en este artículo basándome en dos textos de Trías: *La razón fronteriza* y *Ciudad sobre ciudad*.

<sup>5</sup> Cfr. Trías, E. (1999), p. 207, nota 62 a pie de página.

<sup>6</sup> Fandermole, J. (2002) *Sueñero*. En *Navega*, Entre Ríos, Shagrada Medra, (Jorge Fandermole es un músico y compositor argentino, nacido en Santa Fé en 1956). «Sueñero» *on line*: <http://www.youtube.com/watch?v=c7H8LOm3Cjo>

<sup>7</sup> «Una cuerda tendida entre dos torres sobre un abismo por la que camina un volatinero; una cuerda entre la vida animal y la existencia suprahumana; “un peligroso pasar al otro lado, un peligroso caminar, un peligroso mirar hacia

atrás, un peligroso estremecerse y pararse”. Esta es la grandeza del hombre: “ser un puente y no una meta; un tránsito y un ocaso” (Trías, 2001:294).

<sup>8</sup> Transcribo aquí la cita completa original sobre la *cuerdalhombre* que se está estudiando, resaltando con comillas simples la frase dedicada al amor, a lo que se puede amar en los hombres:

«Der Mensch ist ein Seil, geknüpft zwischen Thier und Übermensch, ein Seil über einem Abgrunde.

Ein gefährliches Hinüber, ein gefährliches Auf-dem-Wege, ein gefährliches Zurückblicken, ein gefährliches Schaudern und Stehenbleiben.

Was groß ist am Menschen, das ist, dass er eine Brücke und kein Zweck ist: “was geliebt werden kann am Menschen, das ist, dass er ein Übergang und ein Untergang ist” (1999:16–17).

<sup>9</sup> Cfr. Corominas, p. 226.

<sup>10</sup> «Quizá el imaginario mágico se constituye cuando el hombre cree que a través de ese poderío alcanzado sobre su capacidad de expresión simbólica de su propio mundo, o mediante la recreación en formas simbólicas de su entorno, puede lograr una posible victoria sobre su inequívoca experiencia diaria de caducidad, corrupción, deterioro, enfermedad, exterminio y muerte generalizada» (Trías, 2001:140).

<sup>11</sup> Anónimo. *Romance del enamorado y la muerte*. S. XVI.

## Bibliografía

BORDELOIS, I. (2010). *Del silencio como porvenir*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

BORGES, J. (1996). *El libro de arena* en *Obras Completas III*. Barcelona: Emecé.

COROMINAS, J. (1996). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.

JITRIK, N. (2011, 9 de junio). «De la nada y las cosas». *Página 12*. Disponible en [www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-169754-2011-06-09.html](http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-169754-2011-06-09.html)

NIETZSCHE, F. (1999). *Also sprach Zarathustra*. München: Sämtliche Werke KSA 3.

(2008). *Fragmentos Póstumos* (trad. al español: Juan Luis Vermañal y Joan B. Llinares), vol. IV. Madrid: Tecnos.

PERETTI, C. (2003). «El espectro ça nous regarde». *Espectografías (Desde Marx y Derrida)* (29–30). Madrid: Trotta.

TRÍAS, E. (1999). *La razón fronteriza*. Barcelona: Destino.

(2001). *Ciudad sobre ciudad*. Barcelona: Destino.

## Rodríguez Garcés, Vanina

«El ser del límite surcado por sus tres momentos (vida primera, vida segunda y muerte). En busca del diálogo fronterizo». *El hilo de la fábula. Revista anual del Centro de Estudios Comparados* (13), 39–48.